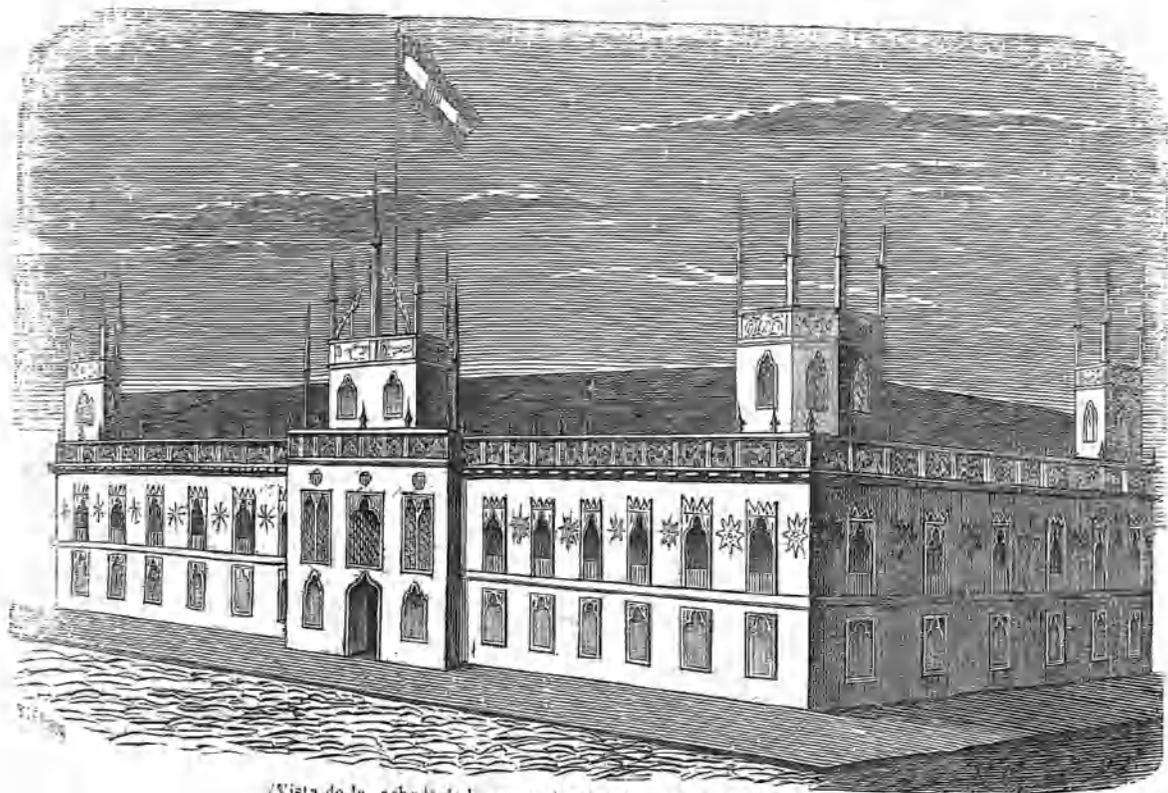


SUCESOS CONTEMPORANEOS.



(Vista de la fachada de la inspección de infantería y reserva del ejército.)

Descripción de las fiestas reales celebradas en Madrid en octubre de 1846, con motivo del casamiento de S. M. la Reina Doña Isabel II y de la Sorma, Sra. Infanta Doña Luisa Fernanda.

V.

ILUMINACIONES.



rimorosamente adornada con una nueva y rica colgadura de terciopelo encarnado y oro en los antepechos y alfeizares se hallaba la casa Consistorial. En el balcon largo ó de columnas, se espusieron bajo un magnífico dosel y con la guardia correspondiente de alabarderos, los retratos de cuerpo entero de S. M. la Reina y de su augusto esposo, que la corporacion municipal habia encargado á

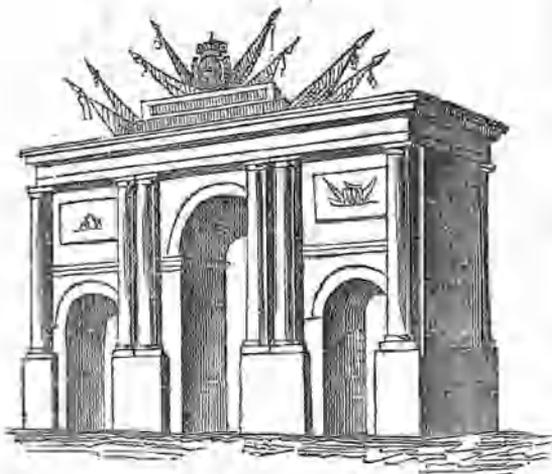
los distinguidos pintores señores Ribera y Tegeo. El primero de estos es el autor del de la Reina, y el de su augusto esposo es el ejecutado por el señor Tegeo. Ambos son de un parecido exactísimo y se han hecho solo en trece días, á pesar de los muchos accesorios que cada uno tiene. El de la Reina se distingue por lo esbelto y elegante de la figura y por la dignidad y gracia que el artista ha sabido darle. El traje bordado de oro es de una verdad sorprendente, y lo mismo la diadema que ciñe las reales sienes, la corona y los demas atributos. Todos los detalles del cuadro estan desempeñados de un modo admirable. No menor maestría ha manifestado el señor Tegeo en el retrato del augusto esposo de S. M. El pare-

eido es perfecto, los bordados del uniforme y el oro del sombrero causan verdadera admiracion, porque parece que se ven brillar. Estos retratos son indudablemente los mejores que se espusieron al público durante los dias de funciones.

La iluminacion de la casa de villa era rica y visual, componiase de hachas de cera en candelabros y arañas de cristal; durante toda la noche habia colocada en los balcones una banda de música militar.

Tambien en el palacio de los consejos estaba espuesto bajo un dosel el retrato de S. M. la Reina. La iluminacion era de hachas y arañas y las colgaduras de color azul y pajizo.

Uno de los edificios cuyo adorno ha llamado mas la atencion por su novedad y por el efecto sorprendente y agradable del pensamiento ha sido la casa del señor Duque de Osuna: en el centro de la fachada se veia una grande estrella iluminada con un resplandor claro y suave, que giraba constantemente sobre su eje con lentitud y uniformidad sin que ninguna de las infinitas luces de que constaba, se cayera, apagara ni perdiera la posicion simétrica que ocupaba.



Arco de triunfo dedicado por la guarnicion de Madrid.

El arco triunfal preparado á nombre de la guarnicion de Madrid en la plaza del medio dia de palacio para la entrada de la Reina á su regreso del sitio de San Ildefonso, no estuvo concluido hasta los últimos dias de las funciones; esto no obstante se advirtió la excesiva actividad que desplegaron los que en tan pocos dias le dispusieron, venciendo infinitos inconvenientes que se opian á la realizacion de la idea, y que contribuyeron en gran manera á que los detalles no estuvieran tan acabados como era de desear; las dimensiones del arco eran colosales, si bien no lo parecian tanto al lado de un edificio tan inmenso como el palacio real; tales circunstancias hicieron que fuera este adorno de los que menos tuvieron en las iluminaciones de Madrid.

Tambien se hallaba adornada vistosamente la fachada

del Congreso. Las colgaduras de los arcos del átrio eran de color blanco y azul, las de los balcones de terciopelo carmesí con galon y fleco de oro. En el centro bajo un elegante dosel se hallaba el retrato de S. M. la Reina. La iluminacion era de hachas y arañas.

El palacio del Senado presentó en su decoracion una idea nueva. Al frente del edificio y en medio de la plazuela se elevaba un gran arco con multitud de vasos de colores, y á los costados se estendian en línea varias pirámides y jarrones tambien iluminados.

Ademas de los edificios cuyos adornos y alumbrado acabamos de detallar, habia algunos otros menos notables, pero de los cuales debemos sin embargo hacer mencion. Tales eran el Banco de San Fernando, en cuyo balcon principal se hallaba el retrato de S. M. con la siguiente inscripcion al pié:

*El Banco Español de San Fernando
en las régios enlaes de S. M. y A.*

Componiase la iluminacion de hachas de cera y arañas: la Gefatura poltica, el cuartel de la Guardia Civil, la casa que ocupa la Direccion del Estado Mayor y la del Conde de Altamira, llamaban tambien la atencion de las gentes cada una por su estilo.

Hemos concluido la reseña que nos propusimos hacer de las decoraciones notables dispuestas en todos los edificios de Madrid, y de las iluminaciones y adornos preparados en distintos puntos; terminada esta árida y monótona tarea, no menos enojosa para el que la ha emprendido que para el lector, pero indispensable para cumplir con el compromiso que el SEMANARIO ha contraido, presentáosenos materias mas gustosas de que ocuparnos, entre ellas la pintura y relato de las corridas reales de Toros que tanto han llamado la atencion y con cuya descripcion nos lisonjamos proporcionar á nuestros abonados sabrosa lectura.

(Continuará.)

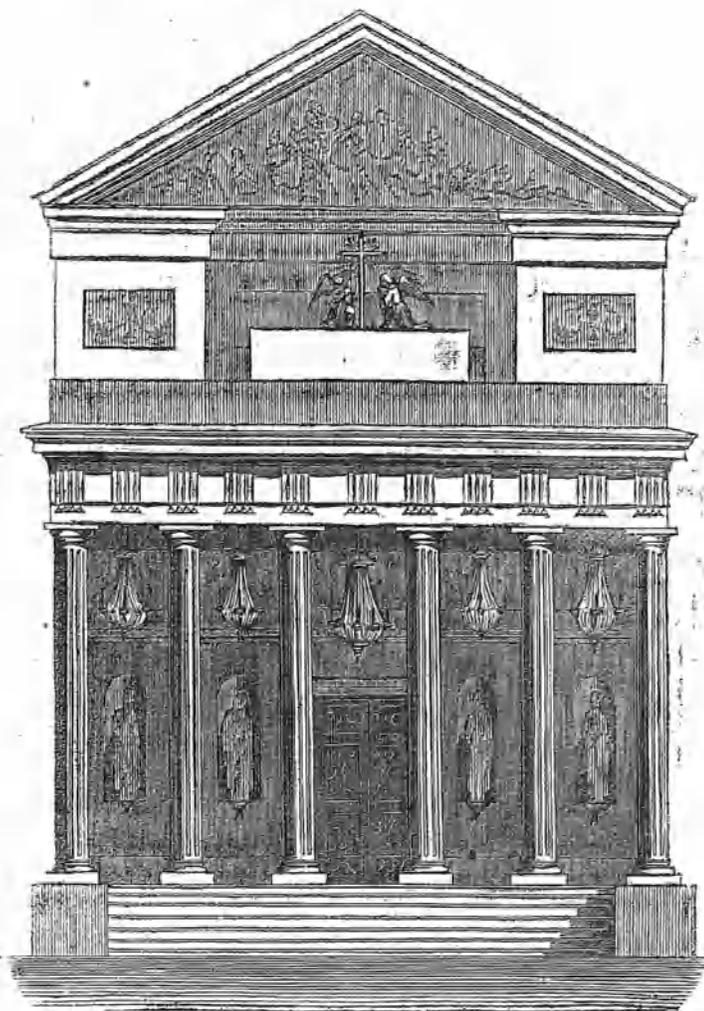
ADVERTENCIA.

Entre varios obstáculos con que hemos tocado al describir las funciones reales, ha sido uno de los mayores la dificultad de que los grabados estuvieran oportunamente concluidos para intercalarlos en el paraje correspondiente del testo, nuestro deseo de complacer á los lectores nos hizo vencerla, pero nos encontramos con que la precipitacion hacia, que trabajos ejecutados de este modo, no podian alternar con los que los suscritores estan acostumbrados á ver en el SEMANARIO, desde que se publica en el Establecimiento, por lo que preferimos el esmero, aunque tengamos que darlos fuera de su lugar en la relacion de los festejos, á que salgan imperfectos y poco acabados. Tenemos dispuestos para publicar en los próximos números. Una vista de la iluminacion del salón del Prado; otra del palacio de Buenavista; otra grande de la Plaza de la Constitucion durante las corridas de toros: la comitiva completa de un caballero en Plaza: la suerte del rejoncillo: el retrato del señor Romero ahijado del Duque

de Abrantes en la corrida real: la espada que le regaló el señor Duque de Montpensier y varios otros grabados.

A ruego de algunos suscritores, que se nos han acercado manifestando deseos de que el SEMANARIO volviera á continuar su interrumpida marcha, comenzamos á ocu-

parnos de las materias propias de este periódico, y continuáremos destinando la mitad de él á este objeto, y la otra mitad á la descripción de las funciones hasta que termine esta, que será á fines de Noviembre.



P. Batanero d.

Decoración de la fachada del Buen Suceso.

M. Batanero g.

ESCENAS POPULARES.

LOS BANDOLEROS DE ANDALUCIA.

I.

Lo que voy á contar no es una novela, ni menos un cuento con detalles históricos: es una aventura, como tantas otras aventuras que por no haber sido publicadas no han sido nunca sabidas.

En Marzo de 1828 tuve que hacer un viaje á Córdo-

va á acompañar á mi hermano gravemente enfermo: su mal era una afección nerviosa que cedió pronto á la influencia de la estación: pero los médicos le aconsejaron para completar la cura los baños de mar en Málaga ó en Cádiz. Aprestámonos pues, á mediados de Junio á marchar: nuestros preparativos se acabaron pronto: mi hermano y su muger, una criada, un criado y yo componíamos toda la comitiva. Tomamos un coche de colleras y un mulo para llevar el exceso del equipaje que no cabía en la zaga: nuestro camino no era el mas recto, porque teníamos que apartarnos un poco hácia la sierra á recoger en un pueblecillo una hermana de mi cuñada que nunca habia visto á Sevilla y Cádiz y suspiraba por ver el mar, los teatros, las tertulias y todo lo que fastidia

en las ciudades y aparece tan hechicero en la soledad de las aldeas.

Estaba mi hermano casado con la hija de un propietario de Aguilar que poseía ricos olivares y excelentes tierras de labor en todas las cercanías. Concha era una muchacha de lugar por la estrechez de sus ideas y la moderación de sus gustos: nada había visto y era muy joven: tenía en aquella época 19 años, ningún conocimiento de la vida, viveza y buen humor. Su cara era muy blanca con los ojos y el cabello perfectamente negros; su nariz aguilena y delicada daba un aire fino á su fisonomía; su boca era tal vez un poco grande, pero en cambio era marfil su dentadura: tenía una estatura regular, llena de carnes sin ser gruesa, muy buenas formas y gracia en su modo de andar. Las mugeres decían que era un poco pálida, y los hombres que era muy linda. Mi hermano estaba enamorado de ella; ella amaba sinceramente á mi hermano, con lo que hacían un matrimonio feliz; ocho meses en Córdoba, cuatro en Aguilar al lado de los padres de Concha llenaban la existencia cómoda y descansada: los cuidados de la casa y la labor de mi hermano ocupaban el día, y se pasaba la vida poco á poco sin grandes placeres, pero sin disgustos ni privaciones.

Salimos de Córdoba una mañana á las diez, con el sol claro, con el cielo sereno pero con un calor insupportable. Comimos en el campo, llegamos al pueblecillo por la noche, y al amanecer volvimos á emprender nuestro camino, con nuestra nueva compañera Antonia. Era el reverso de la medalla de mi cuñada: rubia y con ojos azules, pero con un color de salud que la cubría de grana á cada momento, era lo que se llama por el mundo una guapa muchacha, fresca y lizana, deseando casarse á toda prisa y sin novio que la quisiese. Yo iba entre las dos en el fondo del coche que sobre sus sopandas antiguas tenía un movimiento infernal; ninguno de los tres era muy grueso, pero el calor era mucho, fastidiosa la jornada, y así es que cuando llegamos al Carpio por la noche, sentí una agradable emoción al verme libre del continuo traqueteo del carruaje, y de no escuchar las campanillas de las mulas que en un camino largo acaban por relajar el tímpano, dejándolo por algún tiempo inservible. El meson á que íbamos á parar no presentaba por cierto el aspecto mas satisfactorio: de ancho patio pero de pocas habitaciones se hallaba en aquel momento ocupado por varios personajes de distintas jerarquías. Salió el mesonero, hombre gordo y rechoncho, como son todos los mesoneros de Cervantes acá: nos recibió de mala manera porque era un manchego serrote y de mal gesto: pero al ver que traíamos provisiones y que nuestro aspecto indicaba gente acomodada, ablandó su ceño y encomendándonos á la sobrina, chica muy agradable por cierto para estar en tal mal sitio, se volvió al banco del herrador que á la derecha de la puerta se hallaba, para continuar una partida de cané que con baraja algo grasienta y lustrosa seguía con algunos soldados. Metiéronse en un cuartucho las señoras y yo salí con mi hermano á ver el castillo morisco que domina el pueblo, en tanto que nos guisaban alguna co-

sa para satisfacer nuestro devorante apetito. Cuando después de media hora volvimos al meson, hallamos finalizado el juego, reunida la gente en el patio y haciendo calceta la linda sobrina ó criada cuya buena presencia en aquella casa me sorprendía: nosotros tocamos nuestros sombreros al entrar, y con un ¡salú caballeros! tomamos asiento en medio del corro.

Componiase este de algunos soldados del regimiento del Príncipe empleados en la persecucion de ladrones; de un sargento de anchos bigotes y mala catadura que mandaba la partida, de tres arrieros manchegos que hacían las mejores migas con el mesonero su paisano, del herrador del pueblo, y de un hombre que por su facha y su vestido parecía medio aperador, medio contrabandista. Llevaba un sombrero serrano con ancha franja de terciopelo con cuatro borlas de hilillo, un chaleco negro y bordado, chaquetilla de majo de paño negro con flecos y bellotas de seda, un calzon de punt azulado con botoncillos de plata, botines jerezanos, espuelas en los zapatos, faja encarnada y en ella un cuchillo de monte con puño de marfil y guarnecido de corales. Representaba unos 34 años; su fisonomía era agradable y bien proporcionada, aunque el cutis estaba tostado por el sol; enarques y bien peinadas patillas sombreaban su cara, y su mirada aparentemente distraída examinaba con disimulo toda la gente que estaba alrededor. Yo no sé por qué, entre aquel grupo de gentes me llamó la atención aquel semblante, no sé si era la gallardía de su persona, que aunque pequeña de estatura tenía algo de decoro y dignidad, lo que me hacia fijarlo con frecuencia; pero de cuando en cuando le miraba y apartaba luego mis ojos de los suyos que se volvian hácia mí con una expresión burlona y dominante que me confundía.

—¿Cómo vá el ganado tío Antonio? preguntó uno de los arrieros, volviéndose al herrador.—Muy mal, señor Cruces, respondió el otro: no hay yerba y los animalitos se mueren de hambre: yo queria ir á Córdoba á vender algunas ovejas, pero díx que anda la gente por el camino y no es cosa de que le quiten á un probe los cuartos.

—¿Hay rateros en el camino? preguntó con indiferencia mi hermano.—No señor, le replicó el sargento: hay una partida de ocho hombres que ha hecho muchos robos en estos dias: vienen y se van como Pedro por su casa, y yo no puedo hacer nada porque me han dejado solo estos cuatro soldados que no quiero esponer á que los maten esos pícaros que se reúnen y dispersan con mucha facilidad: además estan mejor montados que estos muchachos y conocen todas las veredas. Pero á bien que ya viene el capitán con 20 hombres y entonces vamos á salir todos los dias.—¿Quién es el capitán? preguntó con viveza el majo de la faja y del cuchillo.—El capitán respondió el sargento, un señor mas valiente que toito el mundo; ha estado tres años persiguiendo ladrones; se llama D. Roque Comares y conoce á José María.

—¿A José María! dijeron á la vez los arrieros y los soldados.

—Sí señor, á José María, á quien ha visto muy de cerca, un dia que á dos leguas de Ecija se encontró con él; y ya le tenía agarrado, cuando un pistoletazo del ladrón

lo tiró en el suelo herido de un brazo: entonces era teniente de la primera del primero: por eso le hicieron capitán de la segunda.

—¿V cuándo viene? preguntó con indiferencia afectada el majo que había escuchado con la mayor atención las palabras del sargento.—Desde las cuatro estoy esperándole aquí por su orden; creo que no deberá tardar.—El majo se estremeció por un movimiento involuntario: giró sus ojos rápidamente alrededor de sí por ver si le habían

observado alguien; y encontrando mis miradas, se puso á jugar con las borlas de su sombrero mientras se balanceaba en la silla.

—Bueno que está; replicó con mucha cachaza: veremos que hace con tanto ladrón como anda por esos caminos: un hombre de bien que vá á sus negocios, tiene que esconder el dinero y caminar con el credo en la boca.—¿Qué hora es caballero, y V. perdone? preguntó dirigiéndose á mi hermano.—«Van á dar las ocho,» respon-



dió este sacando el magnífico reloj que heredó de mi padre, á quien se lo regaló un su primo que fué oidor en Méjico.

«Las ocho! pronto se vá el tiempo,» y levantándose de la silla se preparaba á salir, cuando se escuchó el ruido de los caballos, y casi al mismo tiempo se presentó con su partida el capitán D. Roque Comares.

—Buenas noches de Dios á VV., caballeros, dijo el recién venido después de dejar su caballo en manos de su asistente, y mientras que sus soldados llevaban los suyos á la cuadra. Ha hecho un calor del demonio hoy; mentira me parecía que había de llegar aquí. ¿Y qué hay de bueno, sargento Pérez? ¿La gente, por donde anda?

—Antes de ayer salió de Ecija José María para reunirse con sus compañeros; pero el diablo sabe donde está ahora.—¿De Ecija! dijo el capitán con aire colérico, ¿qué les parece á VV., señores? Está uno persiguiendo á esos hombres noche y día, y luego toman asilo en las ciuda-

des donde encuentran mucha gente de su calaña que los oculta, sin que ni corregidores ni alcaldes puedan dar con ellos.

Después dicen que no hacemos nada, que nos pasamos el tiempo en los mesones. ¡Caramba! la cabeza de José María vale dinero, y él me ha de costear mi primer uniforme de comandante.

—Y hará V. bien señor capitán, replicó el majo con una sonrisa burlona, no le suelte V. si le pillá, porque dicen que es hombre astuto y atrevido; según ha contado el sargento, tienen VV. cuentas pendientes de resultados de un balazo, ó qué sé yo cuantas cosas.

—Ya nos veremos, replicó D. Roque reparando por primera vez en la gallarda figura del majo que inmóvil junto á una columna debajo del farol que alumbraba el patio, fumaba tranquilamente un cigarro de papel sin cuidarse al parecer de la conversacion. El resplandor de la luz llegaba á su semblante sin iluminarlo: cayendo

desde arriba descomponía todas las facciones con la sombra del sombrero abultando su fisonomía. Parecióme sin embargo por un momento que le reconocía el capitán: una espresion de espanto pasó por sus ojos, y volviéndose hacia el indiferente interlocutor, le dijo con viveza: «¿Qué viene V. á hacer aquí? ¿quién es este hombre?» añadió con mas pausa dirigiéndose al mesonero.

—Un caminante, mi capitán, respondió con mesura el majo adelantándose al corro y tocando su sombrero: un caminante que conoce los caminos y aguarda la salida de esa tropa para pasar á su abrigo hacia Cordova, porque ya está escarmentado.

—Yo le conozco á V. dijo D. Roque; en alguna parte nos hemos visto, y su figura de V. es sospechosa.—No es extraño; hace dos años estuvimos juntos en la feria de Mairena donde me ganó V. al juego quince onzas como un ochavo. Tiene V. muy buena suerte. Por lo demás, ahí vá mi pasaporte, porque la gente honrada no teme que la conozcan.

El recuerdo agradable de las quince onzas ganadas, ablandó seguramente la severa suspicacia del gnapo capitán, porque apenas desdobló el pasaporte para leer el nombre de Juan Serrano, corredor de trigo, devolviéndoselo inmediatamente con un oportuno «V. perdón» al tiempo que retorcía complacido su bigote negro y poblado.

Concha nos hizo avisar que estaba pronta la cena, y teniendo que salir á las dos de la madrugada para evitar el calor del dia, saludamos á la reunion y nos metimos en nuestro cuarto. Al pasar por la puerta de la cuadra, noté que en un rincon oscuro hablaba el señor Juan Serrano misteriosamente con la linda criada.

—¡Amores de caminol me dije á mi mismo; y despues de bñrtar un hambre bastante regular, me tendí en un jergon para gozar de las delicias del sueño.

A la una y media vinieron á despertarnos, y nos preparó el criado el chocolate. Había luna, y su luz clara y trasparente alumbraba el patio: los arrieros dormían aun, pero no el corredor de trigo, que ayudado del mesonero, enjazzaba su caballo: era una jaca cordovesa de dos cuerpos, castaña y perfectamente proporcionada: los arreos eran vaqueros, pero ricos, al lado de una silla jerezana estaba colgada una escopeta magnífica con abrazaderas de plata.

Me saludó con el sombrero, y despues de haberle contestado, trabamos conversacion.—Tóme V. chocolate conmigo le dije; el majo se resistia cortesmente, pero mi hermano que llegaba en aquel momento, le instó tanto, que se vió obligado al fin á aceptar nuestro convite. Mi hermano es un ente raro que habia simpatizado con Serrano desde el principio: pero el corredor, al tomar el chocolate con nosotros, sufría evidentemente una contradiccion; una mortificacion, que por politica disimulaba.

—¿Hay ladrones de aquí á Ecija? preguntó mi cuñada con ansiedad.

—No sé, señora; respondió el corredor: sin embargo, los caminos no estan seguros, y viajar á estas horas y con tantas campanillas en las mulas, no es lo mas prudente por cierto.

—¡Bah! replicó mi hermano; José María está del otro lado, y hace mucho tiempo que por el camino de Sevilla no sucede un lance.—Pero insistió Serrano, bueno es caminar con precaucion.—Si yo pudiese, acompañaria á VV., mas tengo que apartarme del camino. En fin, creo que nos veremos pronto.

El corredor de trigo se levantó, saludó cortesmente á las señoras, me tendió la mano, le di un cigarro, y nos separamos excelentes amigos. El mayoral cargó los cajoncillos y pequenecees que llevan siempre las mugeres en los viajes: subimos al coche, y á pocos momentos, al resplandor de una luna clara y templada, trocáramos en el camino de Ecija. Ibamos hablando de la gente del meson, y sobre todo del señor Serrano, cuya mezcla de energia y de finura, no podia menos de llamarnos la curiosidad. Mi cuñada iba algo asustada, comentando sus misteriosos avisos: mi hermano decia que era un hombre muy campechano y cortés, y Antonia le encontraba mucha gracia y una finura agradable. Asíbamos entreteniendo el tiempo hasta que empezó á amanecer. Concha miraba por la ventanilla; y se asustaba porque le parecia ver sombras lejanas entre los olivares.—¡Si se moverán los olivos, niña! decia con cariñosa burla su marido.

De pronto gritó mi cuñada ¡ay Dios mio! ahí están y se agarró de mí temblando. Era verdad ¡alto! gritó una voz desde fuera: detúvose el mayoral: yo saqué la cabeza por la portezuela, y vi con espanto á la luz de la luna que nos rodeaba una partida de bandoleros que caracoleaban alrededor del coche.

JUAN MANUEL DE AZARA.

(Concluirá.)

HISTORIA NATURAL.

Propiedades del murciélago y razones porque se halla en las armas de Valencia.

Entre los muchos animales que cubren la superficie de la tierra, y pueblan los aires, el murciélago es sin duda por su organizacion, figura y propiedades, el mas extraño y singular: aunque en todas partes los murciélagos son iguales, sin embargo hay algunas en donde se diferencian algo aunque accidentalmente; en las pirámides de Egipto, se hallan ayudados una prodigiosa multitud de ellos, semejantes en un todo á los nuestros, excepto en las colas que las tienen largas como un raton: en la costa de Etiopía hay otra casta de murciélagos tan disformes que pasan de tres palmos, pero en su organizacion son como los demas. Otras mil monstruosidades pudiera citar, pero lo conceptó de todo punto inútil por cuanto con solo considerar el murciélago casero y ordinario hallaremos infinidad de particularidades que poder admirar.

Lo primero que se ofrece á nuestra vista es que siendo el murciélago raton en el cuerpo y pelo, vuela y vive en el aire á modo de ave: en contraposicion de esto, le faltan plumas en las alas porque las tiene como de pergamino, con un dedo en la curvadura de ellas, y una

uña con la que se agarra á las paredes; mas abajo y hácia el final del cuerpo, tiene otras dos uñas que equivalen á pies. Su cabeza es algo parecida á la del perro y hay algunos con cuatro orejas, no tienen pico, sino boca y dientes, y estos aguzados y salidos á fuera; armándole así la naturaleza para que pueda con facilidad acometer y coger á los mosquitos que son su principal pasto; los que teniendo como él la costumbre de salir al anochecer en confuso tropel le facilitan ellos mismos el medio de cogerlos. También se opone para considerarle como ave, el que no pone huevos, sino que pare ratoncillos vivos los cuales alimenta no con grano, ni mosquitos, sino con leche de sus tetas; y asidos de ellas los lleva volando á todas partes.

Estrañezas son estas casi increíbles sino estuvieran la mayor parte atestiguadas por todos los autores de historia natural y la experiencia del vulgo; añádese á esto el que además de ser la única entre las aves, si así la conceptuamos, que tiene dientes y tetas; es también la sola que orina y la única que teniendo pies, no baja jamás al suelo, ni se apoya en ellos en parte alguna, sino que asiéndose á las bóvedas y paredes, pero particularmente á las primeras, se cuelga boca abajo, á la inversa de todos los animales. Para la cria de sus hijos no hace nido sino que conforme los vá pariendo los coge con las uñas y arrimándolos á las tetas, los lleva consigo. Su voz también es particular, porque ni canta, ni ahulla, ni silba; sino que dá chillidos parecidos á los de los ratones; vé muy poco, y siempre sale á volar al anochecer, razón por la que los latinos le llamaron *vespertillo*; los antiguos españoles le denominaron *Murciago*, que equivale á decir *raton ciego*; posteriormente corrompiendo el vocablo le llamaron *Murciégalo* y en el día efecto de las innovaciones de nuestra lengua se le llama *Murciélago*; variación que no ha hecho otra cosa que apartar mas y mas la palabra de su origen verdadero. Los valencianos le llaman *Ratpenat* derivado del latin en que *penna* significa alas, y así es lo mismo que *raton alado*. Los hebreos y caldeos, en razón á que participa de volátil y terrestre le dieron por nombre *Ataleph*, de donde tomaron los griegos el de *Atelabus* que significa *reptile alatum*, como si dijéramos monstruo compuesto de ave y reptil; de aquí sacaron los antiguos varias fábulas curiosas por las que significaron las propiedades extravagantes del murciélago, y entre ellas merecía citarse el siguiente enigma que un antiguo propuso á sus amigos para que lo definiesen.

Yo vi á un hombre no hombre que hirió no hirió en un árbol no árbol, con una piedra no piedra á un ave no ave.

Por hombre no hombre, quiso entender al eunuco ó castrado; por árbol no árbol al *sauco*; por piedra no piedra la *pomez* que vulgarmente se llama tosca; y por ave no ave al *Murciélago*.

EMILIO TAMARIT.

(Concluirá.)

POESIA.

El eco de la campana.

I.

Alumbra el sol otros climas,
la noche domina el mundo;
cubre un letargo profundo
la cabaña y la ciudad;
Présago invade el espacio
el eco de la campana,
duda horrible del mañana
de la flaca humanidad.

Decid: ¿cuando el aire mudo
esa voz de bronce anima,
vuestro pecho no lastima
un escondido temor?

¿No os revela algun misterio?
¿alguna verdad no anuncia?
¡oh! ¡sí! bien claro pronuncia
un secreto aterrador!...

«El eco de una campana
es aire!...» grita el impio;
sí: ¿pero el hondo vacío
no muestra del corazón?

¿El abismo inmensurable
no hace ver de la existencia?
¿no revela la impotencia
de una orgullosa razón?

¿Por qué vacila tu mano,
palidecen tus mejillas,
y convulsas tus rodillas
te invade un sudor glacial.

¡Ambicioso! si en la noche
del orbe ansiando ser dueño,
viene á interrumpir tu sueño,
el acento de metal?

¿Un suspiro involuntario
porque exhalas de tu pecho,
poco hacia satisfecho,
rebotando de placer:

Quando señor de los hombres,
improvisador de orgías,
¡rico sin fél te creías
tu caudal al recorrer?

¿Cuál desgracia, cuál te bruma,
que así anubla tu mirada?

desprecia el *aire*, la *nada*,
porque *nada* es esa voz:

Pero tus nervios se crispan;
¡ah! tiembles despavorido....
¿por qué de un mero sonido
la impresion es tan atroz?

Tú, que dices que los hombres
nacieron á ser tus siervos,
tú que los llamas protervos
si tu yugo destructor

Acaso altivos resisten;
y apóstol de un dogma falso
la metralla y el cadalso
son tu código mejor.

¿Por qué saltas de tu lecho
cobarde, desalentado,
en ese lecho dorado
que inciensan nubes de azahar?

Todo es grato en torno tuyo;
harpas mil tu insomnio mecen;
homenajes mil te ofrecen
tus vasallos en tú altar;

Deja que disperse el aura
ese efímero sonido,
que evaporado, estinguido,
muere ya, no llega á ti;

En las apiñadas armas
tu espíritu tranquiliza....
¡ay! otra vez se desliza
el fatal retumbo, sí!

Cada fatídico golpe
tu corazón dilacera,
como una voz que leyera
una y otra vez tu fin.

Acudes á tus soldados,
miras relucir puñales,
oyes los gritos fatales
de frenético motín.

Y ves cabezas que ruedan,
y tronos hechos pedazos,
y por los altos ribazos
la hirviente sangre saltar.

¡Oh, cuántas veces, tirano!
tan infernal pesadilla
como suspensa cuchilla,
tus glorias vino á cortar!

Tú, que en el amor te ufanas,
como en un dije de orgullo
porque solo es un murmullo
para ti el nombre de amor:

¡Indiferente coqueta!
que miras á tus amantes,
como miras los brillantes

que á tu sien darán fulgor:

Dime: al escuchar el eco
de una campana remota,
¿no sentiste el alma rota,
envenenado tu ser?

¿Disiparse tus aromas,
y en el congelado ambiente,
desvanecerse en su fuente
los ensueños del placer?

Y tú, estéril egoísta,
que, cadáver de tí mismo,
con un yerto escepticismo
quieres reemplazar la fé:

Allá en tu estúpido sueño
el eco dirá continuo:
«deja huella en tu camino,
¡ay del que siendo, no fué!...»

Tú, helado materialista
que con aparente calma,
niegas la vida del alma,
la luz de la creacion:

Mil veces allá á deshora
á tu pecho árido y seco,
fué del bronce herido el eco,
una espantosa explosión.

Tú, que halagas la venganza,
que meditas el suicidio,
proyectas el homicidio,
al hurto volando vás:

Que la seducción consumas,
que fraguas el adulterio,
¿por qué os aterra el misterio
de ese lánguido compás?

¿Y cuál delante un espectro
vuestra opaca vista corre,
esa enigmática torre
que invade el espacio audaz?

Delata la inmóvil planta
el ya perplejo alvedrío:
¡el menoscabado brío!
la cadavérica faz

II.

Del porvenir dudoso lo sombrío,
del pasado vacío lo ilusorio,
del presente lo vano y transitorio,
el deleznable error y la verdad:
¡Tal es la cifra mística y profunda
de ese agorero y fúnebre sonido,
que en la mansion del hombre producido,
se pierde en la confusa eternidad!...

MANUEL MARÍA FLAMANT.